



Temporalidad onírico-natural y temporalidad de la caducidad en Walter Benjamin y Paul Valéry: acerca del fin del lento proceder de la naturaleza

Laura Herrera (UBA-IIGG)

1. A modo de introducción

Hace un tiempo que me encontré con Paul Valéry, a partir de las referencias que Walter Benjamin hace principalmente en *El narrador*, tanto hacia la mitad del texto como hacia el final, retomando principalmente “Los bordados de Marie Monnier” (1999 c) y “A propósito de Corot” (1999), pero también “Miradas hacia la mar” (1999 b) y “El hombre y la concha” (1993). En estos textos, pude constatar que hay un interés en Valéry muy peculiar por la ostra, también llamada concha. Valéry, antes de ser un gran pensador, quiso ser marino, y podríamos decir que sus experiencias con la mar son las que lo hicieron un gran narrador. En tanto que justo, en cuanto se encuentra consigo mismo, se relaciona también con lo otro de sí que en sí mismo habita: con aquello que, al observarlo con la idea fija de un místico o de un devoto, lo intriga, encandila y le hace preguntas. Aquello que devociona a Valéry es la concha, pero también algunos animales marinos, como las marsopas.

Hoy en día, estos animales están en peligro de extinción. En el caso de la ostra, en muchos lugares ya están extintas, como en Europa. Es decir: si Paul Valéry hoy viviera, no podría encandilarse más con sus figuras, éstas ya no se presentarían bajo su mirada más que como restos y ruinas y, en cuanto al tacto, se acercaría a ellas de un modo similar a Hamlet cuando levanta la calavera del piso. La problemática de la extinción está presente en *El narrador*, cuando Walter Benjamin anuncia, en la frase más poética del escrito, que el “*Langeweile* es el pájaro de sueño que empolla el huevo de la experiencia” (Benjamin, 2016, p. 60). En este contexto, debemos entender esta palabra alemana en sus dos componentes: *lange*, en tanto “largo” o “alto”, y *weile*, como “rato”, es decir, hace referencia a un tiempo de larga duración. En el texto publicado, indica que *los nidos* de este pájaro, o de esta pájara, “se han extinguido (*ausgestorben*) en las ciudades, han declinado también en el campo” (Benjamin, 2016, p. 60) (comparando los nidos con las actividades como el tejer o el hilar). Por otra parte, en las anotaciones previas a la publicación del texto, aparece tachada una frase mucho más fuerte: es *este pájaro, o esta pájara, de sueño*, la que está en extinción. No dice que está extinta, directamente, sino,



más bien, que está en el proceso mismo de su extinción. La temporalidad de larga duración, así, está llegando a su fin.

Esto último se comprende cuando, en el apartado siguiente, Walter Benjamin cita a Paul Valéry y su ensayo “Los bordados de Marie Monnier” para hablar del “lento y paciente proceder de la naturaleza” que “antaño era imitado por los hombres” (Valéry, 1999, p, 93). En efecto, en este trabajo, nos gustaría reflexionar en torno a tres ítems, cuya importancia política-ecológica está a la orden del día: 1) en primer lugar, qué modificaciones en las fuerzas productivas distanciaron al ser humano de esa naturaleza con su curso paciente, cercanía que los inducía a una experiencia del éxtasis; 2) en segundo lugar, qué cambios histórico-naturales acontecieron para poder hablar hoy de la caducidad o transitoriedad exacerbadas que acontecen en el reino creatural, y que Benjamin pudo constatar desde sus escritos tempranos; 3) y, por último, qué transformaciones se han dado en los tiempos de la naturaleza misma, ya que ésta ha modificado sus ritmos debido a la intervención de la técnica, la cual está llevando a la catástrofe y a la destrucción, ya que como Benjamin indica, debemos considerar el progreso como una maquinaria infernal de acumulación de ruina sobre ruina, que constata un advenimiento de una temporalidad acelerada de constante producción de muerte, es decir, de una naturaleza transida por la caducidad.

2. El distanciamiento de la naturaleza como una empresa moderna. Contra ella, el éxtasis, la experiencia cósmica y la atención a lo nimio.

En cuanto al primer punto, debemos considerar que, si bien estas modificaciones Benjamin las adjudica directamente a cambios en las fuerzas productivas, en el contexto de *El Narrador*, no indica con precisión las transformaciones sociológicas e históricas que están llevando al fin del arte de narrar, por esencia artesanal, éste que, dice, se está haciendo cada vez más y más raro, pero que no llegó a extinguirse del todo. Sin embargo, las transformaciones en las fuerzas productivas son claras, y él las tiene presente, aunque en este texto va a dar cuenta de los cambios acontecidos en la imagen espiritual del campesinado (además de los producidos en la misma *physis* del ser humano), para lo cual retoma a Valéry como el que en mejor medida ha podido dar cuenta de dichos cambios. Dichas transformaciones tienen que ver, principalmente, con el avance de la industrialización en el campo en Alemania a comienzo del siglo XX, ya que, de ser una economía principalmente rural, en muy pocas décadas, superó la industrialización de Gran Bretaña y Francia juntas.



Los procesos históricos que están llevando a la extinción o a la declinación, tanto de las especies como de la narración, están íntimamente vinculadas, para Walter Benjamin, con el proceso de acumulación originaria que comenzó en la temprana modernidad y que en tiempos de Benjamin, con la primera Guerra Mundial, y más aún hoy en día, se aceleró de tal manera que muchos hablan de una “acumulación por desposesión” (Harvey; 2005). Tal como ha desarrollado Ernst Bloch (2019) en *Herencia de esta época*, libro citado por Walter Benjamin en *El Narrador*, es el mismo campesinado, uno de los estamentos principales que llevan a cabo este acto de narrar, el que está llegando a su fin.

Es en *Dirección única* (2021), texto publicado en 1928, en la sección “Al planetario”, en donde podemos constatar esa estructura económica que, como plantea en el *Libro de los pasajes*, no determina la superestructura, sino que, en todo caso, esta última es una “expresión” de aquella, es decir, un modo de comunicar lo que a la base se encuentra (K2, 5). Allí el autor plantea que la doctrina de la antigüedad debería rezar con una determinada fórmula: “La Tierra será tan solo de quienes vivan de las fuerzas del cosmos”, indicando que los antiguos conocían muy la “experiencia cósmica”, no sólo en términos visuales, como los de Kepler, Copérnico o Tycho Brahe, sino de otro modo: “en el éxtasis”. E indica lo siguiente: “el ser humano sólo puede comunicarse extasiado (en comunidad) con el cosmos” (Benjamin, 2021, p. 108). En este sentido, si como plantea *El Narrador*, la comunicabilidad de la experiencia decrece, es también la comunicabilidad de la experiencia cósmica la que está en proceso de llegar a su fin. Y esto, principalmente, porque ya desde la temprana modernidad, pero profundizándose a partir de la primera Guerra Mundial, “en todas partes se cavaron fosas de sacrificio en la Madre Tierra. Este gran cortejo por conquistar el cosmos se realizaba por primera vez a escala planetaria, esto es, en el espíritu de la técnica” (Benjamin, 2021, p. 109). Es muy distinto comunicarse en éxtasis con el cosmos, que el ímpetu por conquistarlo.

Pero, ¿en qué consiste esta “experiencia cósmica”?, ¿cuál es el punto de contacto aquí entre Walter Benjamin y Paul Valéry? En los apéndices a *Dirección única*, textos escritos por Benjamin que no se publicaron, hay uno que dice así:

Subí por un talud y me tumbé bajo un árbol. El árbol era un álamo o un aliso. ¿Por qué no me acuerdo de la especie? Porque, de pronto, mientras miraba el follaje y seguía su movimiento, el árbol se apoderó del lenguaje que hay en mí de tal modo que éste renovó en un instante, en mi presencia, la antiquísima unión con el árbol. Las ramas grandes, y con ellas también la copa, se mecían pensativas o se arqueaban en señal de rechazo; las pequeñas se mostraban obsequiosas o altaneras; el follaje se rebelaba contra una ráfaga



de aire brusca, se estremecía ante ella o la acogía en su seno (...). Una suave brisa comenzó a tocar la música nupcial y al cabo esparció por todo el mundo, como un discurso de imágenes, a los retoños nacidos enseguida de este lecho. (...) Fijar la naturaleza en este marco de imágenes (...) es el placer del soñador. Hechizarla bajo una nueva invocación, el don de los poetas (Benjamin, 2021, p. 131).

Paul Valéry, ensayista, intento de marino, pensador, poeta, fija la naturaleza en este marco de imágenes y, así, le hace justicia. En “El hombre y la concha” indica que

la naturaleza (...) nos manifiesta todo lo no-humano necesario para desconcertarnos y para “asombrarnos. En efecto, esta concha que sostengo y giro entre mis dedos, y que me ofrece un desarrollo combinado de los temas sencillos de la hélice y de la espiral, me introduce a su vez en un asombro y una atención que producen lo que pueden: observaciones y precisiones exteriores, ingenuas preguntas, comparaciones ‘poéticas’, imprudentes ‘teorías’ en estado naciente... Y siento a mi mente presentir con vaguedad todos los tesoros infusos y respuestas que se esbozan en mí ante una cosa que me inmoviliza y que me interroga (Valéry, 1993, p. 140)

Estas experiencias con otros modos de existencia no-humanas, ya sea un árbol, una concha, el océano, una piedra o una marsopa son experiencias cósmicas que son cada vez más y más raras de lograr y de comunicar. Y esto es porque es el tiempo de larga duración, la (die) *Langeweile*, y su temporalidad onírica natural la que está llegando a su fin. La llamamos temporalidad onírica natural, ya que la compara con una pájara de sueño que es la condición de posibilidad de la gestación, del cuidado y del correcto desenvolvimiento de ese huevo que contiene en sí, en sus capas, la experiencia cósmica (no es casual que la forma de un huevo sea similar a la del cosmos; sin interiorizar mucho en este punto, no olvidemos que en *Las aves*, de Aristófanes, siguiendo al orfismo, es Eros el que nace de un huevo -el huevo primordial, puesto por La noche y La oscuridad, además de que Benjamin liga la experiencia directamente al deseo en *Sobre algunos conceptos en Baudelaire*).

A modo de conclusión de este primer ítem, podríamos indicar que la cercanía con la tierra y con la naturaleza del llamado por Walter Benjamin “hombre antiguo”, y que aquí asociamos con aquellos seres humanos consustanciados con la materia y la naturaleza, como el campesinado o los pueblos originarios de América Latina, implican otra manera de experimentar la temporalidad, en el modo del sueño, de la embriaguez y de la imbricación con el cosmos. A su vez, es posible recrear esta última sólo de manera interrumpida, a la manera de Paul Valéry en su contemplación de diversos animales marinos (o en la experiencia con el árbol en el caso de Benjamin), considerando que la



ubicuidad que nos ofrece la técnica ya era evidenciada por ambos autores, como se puede constatar en “La conquista de la ubicuidad” (1999a) (texto citado por Walter Benjamin en *La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica*). Por último, como hemos mostrado, ambos autores indican que la modernidad, en Benjamin identificada con la primera técnica, es la que ha impuesto otro tipo de temporalidad que acarrea que la experiencia cósmica esté llegando a su fin.

3. La extinción de las ostras y de las perlas. Sobre “Los bordados de Marie Monnier” de Valéry y su recepción por parte de Benjamin.

A continuación del apartado VIII de *El narrador*, en donde Walter Benjamin indica la extinción de los nidos del pájaro o la pájara del sueño (el tejer y el hilar), en la sección IX, cita el ensayo “Los bordados de Marie Monier”, de Paul Valéry, escrito por este en 1924 y que abrió el catálogo de la exposición de esta autora en la galería Eugene Druet, entonces dirigida por la viuda de éste. Walter Benjamin indica que “la imagen espiritual de (la) esfera artesanal de la que proviene el narrador no ha sido jamás circunscrita de manera tan significativa como Paul Valery” (Benjamin, 2016, 61) en dicho ensayo. Allí habla de las cosas preciosas de la naturaleza: entre ellas, “perlas finas (...) hacen pensar en una lenta capitalización de causas sucesivas y semejantes”, formadas por una “acumulación de aportaciones elementales, que consumen un tiempo muy largo y exigen tanta calma como tiempo” (Benjamin, 2016, p. 62; Valéry, 1999c, p. 93). No solo las perlas, producidas por las ostras, sino también “las más grandes producciones de la vida –las plumas de pájaro, las conchas, los pétalos”. En éstas, “la terquedad del insecto y la ambición fija del místico se aúnan en el olvido de sí mismo y de todo lo que no sea lo que se quiere” (Valéry, 1999c, p. 94).

En este sentido, tanto Benjamin como Valéry indican la importancia del “olvido de sí mismo”, tanto para la producción de una obra, en el caso de Valéry, como, en el caso de Benjamin, para que se pueda imprimir profundamente en el oyente la narración por parte del que narra y gesticula. Sólo así, *en éxtasis*, se gesta el don de estar a la escucha. Pero principalmente es el lento y paciente proceder de la naturaleza, del que habla Valery y que Benjamin retoma, el que era antaño imitado por los seres humanos, y que ahora se está perdiendo. En este proceder, el olvido de sí es esencial, y se ve muy claramente en seres no humanos.



Es por ello que la terquedad del insecto, por ejemplo, de una abeja, en hacer su colmena, consiste en ese “lento y paciente proceder de la naturaleza” que antaño el hombre imitaba y que lo hace cada vez menos, resaltando que los bordados de Marie Monnier se asimilan a ese arte paciente que hoy está llegando a su fin. Marie Monnier se olvida de sí cuando borda o pinta, la abeja se olvida de sí cuando hace su colmena, la pájara de sueño se olvida de sí cuando empolla su huevo, el oyente sólo retiene las narraciones, para luego poder volver a narrarlas, sólo si se olvida de sí mismo, permitiendo, gracias a la relajación corporal y espiritual acompañadas por el trabajo manual, ese “proceso de asimilación que ocurre en las profundidades” es decir, como indica en el convoluto D, en el inconsciente (D2, a2). Tal como plantea en *Capitalismo como religión* (2016 a), la enfermedad de la época son las preocupaciones en las que el mundo contemporáneo nos sumerge y que impiden, de alguna manera, este olvido de sí y de la capacidad de entrar en contacto tanto con sí mismo como con los otros que allí habitan, humanos y no humanos, mediante la escucha atenta.

Este tiempo de larga duración (*Langeweile*) en que consiste el lento y paciente proceder de la naturaleza, dice Benjamin en *El libro de los pasajes*, es “el umbral de grandes hechos” (D2, 7) y lo podemos constatar en el proceso de producción de la ostra tanto de su caparazón como de la perla.

La perla producida por la ostra se produce cuando ingresa al caparazón del molusco un grano de arena, u otros sedimentos marinos. El molusco rodea este material con nácar durante aproximadamente diez años, lo que concluye en esta “preciosa producción de la naturaleza”, que lleva “tanta calma como esfuerzo”, en términos de Paul Valéry. Ahora bien, las cosas han cambiado desde que éste escribió su precioso relato “El hombre y la concha”. En efecto, las ostras ya se encuentran extintas en los mares de Europa y, en otras regiones del globo, se encuentran en proceso de extinción. Y no sólo las ostras, sino que el problema es común a todos los organismos que generan estructuras calcáreas, como los corales, entre otros. Estas estructuras están compuestas de carbonato de calcio (CaCO_3), y los moluscos, para formarlas, captan el dióxido de carbono (CO_2) que está en el agua. Las ostras, otros moluscos, y corales tienen una función central, en este sentido, para captar dióxido de carbono de la atmósfera, que es uno de los principales gases del efecto invernadero, y transformarlo, proceso que se conoce como “bomba de carbono”. Lo imprescindible de comprender esto es que, en el contexto del calentamiento global, la temperatura de los océanos está aumentando y las ostras y los arrecifes de coral



son muy sensibles a los cambios de temperatura y de Ph que se encuentra en el agua. Por ello, la acidificación de los océanos está modificando este balance de carbono, motivo por el cual estos animales están en proceso de extinción, en algunos lugares y, en otros, ya extintos, como en Europa, región en la que Paul Valéry tuvo contacto con las conchas marinas y las observaba con devoción. En efecto, las ostras que hoy se pueden ver en los lugares en los que aún no están extintas, no llegan a formar su caparazón de manera correcta, además de que el molusco es mucho más pequeño. Por otra parte, éstas ya no producen perlas finas, sino que éstas sólo pueden ser producidas mediante la intervención humana. Hemos llegado al fin de las perlas finas, esta preciosa producción de la naturaleza.

4. Temporalidad de la caducidad (*Vergänglichkeit*). El gran tedio de las ostras.

Hasta ahora hemos mencionado el *Langeweile* en tanto al sentido que la palabra alemana nos introduce, en tanto que largo rato, o temporalidad de larga duración, y la hemos vinculado con el lento y paciente proceder de la naturaleza en Paul Valéry, que induce al “umbral de grandes hechos” (D2, 7). Ahora bien, el extremo opuesto dialéctico que también indica este término está vinculado en el convoluto D de *El libro de los pasajes* con el polvo de la guerra y las nubes oscuras que la batalla acarrea, que nos llevan a una temporalidad transida por la caducidad (D1, 1; D1, 3). Hoy en día, en nuestros territorios, las nubes grises y el humo ocasionados por la quema de bosques que se lleva a cabo para desmontar áreas en aras del progreso del capital que lleva a cabo el agronegocio, o debido a los incendios generados por el cambio climático, nos llevan a un gran *tedio*. Por otra parte, la temporalidad de larga duración vinculada al sueño y al proceder lento de los animales, también se encuentra en curso de desaparición. Lo anteriormente dicho en torno a la incapacidad de las ostras de producir adecuadamente su caparazón y sus perlas nos lleva a pensar en que los ritmos de la naturaleza se han alterado. Éstas últimas ya no pueden llevar a cabo, en un trabajo lento y calmo, sus producciones, como sí lo podían hacer hace cien años atrás, cuando Paul Valéry escribió el ensayo. Podríamos decir que éstas se encuentran transidas por la caducidad y la muerte, en un profundo *tedium vitae*, lo que se constata al ver los caparazones más pequeños y los moluscos debilitados, que ya no pueden producir correctamente su maravillosa obra. Como también lo podemos ver en los tonos grisáceos de los arrecifes de coral, que han perdido su colorida vitalidad.

Por otra parte, me parece importante recordar que ya en el *Trauerspiel*, éste menciona la problemática de “la historia del sufrimiento del mundo” (Benjamin, 2012, p. 207). No



somos sólo los humanos los que estamos sufriendo el cambio climático, sino que es el mismo cosmos y sus criaturas los que están atravesados por el dolor y la caducidad (historia natural). En este sentido, para concluir, si la narración es hacer justicia a lo nimio, tal como lo hace Paul Valery al hablar del mar y las conchas, es urgente seguir narrando historias tanto de humanos y de no humanos, debido a que no solo el narrador elabora la materia prima de sus propias experiencias, sino también de las ajenas, ya que incluso ellas se suman a lo más propio del narrador, posibilitando así enmendar esa red que pareciera deshacerse hoy por todos sus cabos. Y, utilizando una imagen benjaminiana, podríamos concluir indicando que incluso desde las ruinas podemos sacar las fuerzas germinativas que, latiendo inmemorialmente, como una semilla ancestral a la espera de su riego, nos permitan fabular e imaginar nuevos mundos posibles y seguir narrando historias.

5. Conclusiones

En este trabajo hemos intentado relacionar aquél fin del arte de narrar, que con tanta insistencia indica Walter Benjamin en *El narrador*, con la caducidad exacerbada que ha impuesto la primera técnica en la naturaleza, teniendo como causante principal de la misma, para el autor, la misma acción humana de un determinado tipo de humanidad: la humanidad moderna, aquella del período heroico de la burguesía, que, en la época de las conquistas ha comenzado a socavar a la Madre Tierra.

En este sentido, el lento proceder de la naturaleza que era antaño imitado por los hombres, del cual ha hablado Valéry, y que Benjamin retoma, se refiere en éste último a la temporalidad onírico-natural de la experiencia cósmica y de atención a lo nimio, propia de una cercanía connatural con el cosmos. El concepto de *Langeweile*, interpretado aquí como “largo rato” o temporalidad de larga duración, y que Benjamin indica con su imagen del “pájaro de sueño”, resulta sustancial ya que el autor menciona que es este mismo pájaro el que está en extinción. El tiempo de la experiencia cósmica, el tiempo “en que el ser humano pudo creerse en consonancia con la naturaleza ha expirado” (Benjamin 2016, p. 66), dice Benjamin retomando a Leskov.

Por ende, nos gustaría concluir indicando que estas referencias al “fin” indican una alarma de incendio que se asemeja al llamado de alerta actual: *el colapso ecológico ya llegó* (de este modo se titula el reciente libro de Maristella Svampa y Enrique Viale (2020)). En este sentido, de modo anacrónico-productivo, consideramos que la imagen de la semilla que se menciona en *El narrador* resulta crucial para comprender que aún



perviven o sobreviven (*Nachleben*) narraciones y narradores, así como perviven pueblos originarios en vínculo con sus territorios que hoy, más que nunca, deben ser reconocidos y resguardados de los avances de un extractivismo voraz que nos están llevando a muchos fines y extinciones, siendo aquí solamente mencionado el de las ostras y las perlas, a modo de homenaje a maravilloso ensayista y poeta Paul Valéry.

Bibliografía

Abadi, F. (2010), “La mimesis como lógica del recuerdo: una lectura sobre la noción de «imagen dialéctica» en la obra de Walter Benjamin desde una perspectiva warburguiana”, *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, vol. XVI (2011), pp. 7-25. ISSN: 1136-4076 Departamento de Filosofía, Universidad de Málaga, Facultad de Filosofía y Letras Campus de Teatinos, E-29071 Málaga (España)

Adorno, T. (1991), “Idea de historia natural” en *Actualidad de la filosofía*, Barcelona: Paidós

Benjamin, W. (1989), “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”, en *Discursos Interrumpidos I*, Buenos Aires: Taurus

Benjamin, W. (2012), *Origen del Trauerspiel alemán*, Trad. Miguel Vedda y Caraola Pivetta, Buenos Aires: Ed. Gorla

Benjamin, W. (2016), *El narrador*, Trad. Pablo Oyarzún, Santiago de Chile: Ed. Metales pesados

Benjamin, W. (2016 a), *Capitalismo como religión*, Trad. Enrique Foffani y Juan Antonio Ennis, La Plata: Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) UNLP-CONICET

Buck-Morss, S. (1981), “Dialéctica sin identidad: la idea de historia natural” en *Origen de la dialéctica negativa. Adorno, Benjamin y el Instituto Frankfurt*, México D.F: Siglo XXI

Benjamin, W. (2016 b), *Libro de los pasajes*, Madrid: Akal

Benjamin, W. (2021), *Dirección única. Edición ampliada*, Trad. Juan de Sola, Santiago de Chile: Ed. Universidad Diego Portales

Bloch, E. (2019), *Herencia de esta época*, Trad. Miguel Salmerón Infante, Madrid: Tecnos

Di Pego, A. (2015). “¿Más allá del humanismo? Walter Benjamin y la cuestión de la Animalidad”. X Jornadas de Investigación en Filosofía, 19 al 21 de agosto de 2015, Ensenada, Argentina: Memoria Académica UNLP.

Di Pego. (2015 a), “La ambivalencia de la narración en Walter Benjamin” en *Ráfagas de dirección múltiple: abordajes de Walter Benjamin*, Coord. F. Naishtat, E. G. Gallegos, y Z. Yébene, México: Unidad Cuajimalpa

Harvey, D. (2005); “El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión” *Socialist register*, Buenos Aires: CLACSO.

Svampa, M., Viale, E (2020)., *El colapso ecológico ya llegó. Una brújula para salir del (mal)desarrollo*, Buenos Aires: Siglo XXI.



Valery, Paul (1993) “El hombre y la concha” en *Estudios filosóficos*, Trad. Carmen Santos, Madrid: Ed. La balsa de la medusa

Valery, Paul (1999), “A propósito de Corot”, en *Piezas sobre arte*, Trad. José Luis Arántegui, Madrid: Ed. La balsa de la medusa

Valery, Paul (1999 a), “La conquista de la ubicuidad”, en *Piezas sobre arte*, Trad. José Luis Arántegui, Madrid: Ed. La balsa de la medusa

Valery, Paul (1999 b) “Miradas a la mar”, en *Piezas sobre arte*, Trad. José Luis Arántegui, Madrid: Ed. La balsa de la medusa

Valery, Paul (1999 c) “Bordados de Marie Monnier” en *Piezas sobre arte*, Trad. José Luis Arántegui, Madrid: Ed. La balsa de la medusa